

Sidney y Beatriz Webb, Shaw y Wells, muy especialmente los dos primeros, y por citar tan sólo a los más conspicuos, han prestado de hecho la base filosófica al laborismo inglés; naturalmente, éste ha sufrido otras influencias, «pero la mente y el corazón del movimiento han sido fabianos».

No es sencillo precisar en qué consistió exactamente el fabianismo; la influencia filosófica y sociológica de Marx es evidente, como lo es también el utilitarismo de Bentham. Su doctrina económica, en cambio, más que marxista está inspirada en los trabajos de Stuart Mill, con una fuerte dosis de marginalismo de Stanley Jevons y algo del Ricardo reelaborado por Henry George. Pero quizá lo más característico de los fabianos es su intenso sentido práctico apoyado sobre un método rigurosamente empírico de análisis de la realidad y unido a una enorme amplitud de criterio doctrinal en el que muy probablemente se ha de buscar una de las razones de su popularidad, al menos en cuanto rehuyeron el equiparar la disensión intelectual con la torpeza mo-

ral, que es lo que realmente hizo Marx y lo que le hace personalmente tan poco atractivo.

Las nacionalizaciones, por citar un ejemplo típico de acaecimiento político en la última década de historia británica, habían sido preconizadas muchos años atrás por los fabianos; el tema constituye el eje de la *Constitution for the Socialist Commonwealth of Great Britain* que los Webbs publicaron en 1920; y otro tanto puede decirse de la implantación y progresiva ampliación de los servicios de seguridad social y de los de educación nacional. Y quizá haya que buscar también en los precedentes fabianos la al parecer excesiva burocratización que han implantado los años de gobierno laborista (los Webbs fueron decididos defensores del funcionario público estable y especializado frente al político); por la misma razón que el activismo político y la noción de las grandes y rápidas realizaciones que pueden conseguirse con la detención del poder político no llegó a ser enteramente comprendida por los fabianos.—M. ALONSO OLEA.

## H) V A R I A

SALMÓN (Wesley C.): *The Uniformity of Nature*, en «*Philosophy and Phenomenological Research*», vol. XIV, núm. 1, septiembre 1953 (págs. 39-48).

Este trabajo pretende demostrar que el principio de uniformidad de la naturaleza no puede constituir una condición necesaria ni suficiente de la inducción. El intento de establecer la doctrina de la «uniformidad de la naturaleza» es un método que algunos de los sucesores de Hume han empleado para desarrollar sus conclusiones escépticas acerca de la inducción. Aunque Hume cree en la uniformidad de la naturaleza como condición necesaria de la inducción, no asegura que sea condición suficiente. Tres son los modos posibles de incorporación de la doctrina de la uniformidad de la naturaleza a un sistema filosófico. Considerarla como una verdad empíricamente establecida a la manera de John Stuart Mill. Considerarla como una verdad establecida *a priori* como hace Kant. Considerarla,

finalmente, como un postulado del conocimiento imposible de establecer como verdad, pero necesario en cuanto a sus consecuencias, que es el punto de vista de John Venn y Bertrand Russell.

Incluso si pudiéramos saber que el principio de uniformidad de la naturaleza es verdadero, tampoco habría de servirnos para justificar la inducción. El examen que hace el autor de la ley de causación universal kantiana arriba a la conclusión de que no basta saber que existen leyes causales, sino que tenemos que buscar los medios para encontrar las leyes causales particulares.

Cualquier formulación del principio de uniformidad de la naturaleza —y en el artículo se estudian las de John Venn, Ernst Mach, Keynes, Peirce, Bertrand Russell, Feigl y von Wright— resulta demasiado débil para ser útil y demasiado fuerte para ser verdadera. Por tanto, el principio de uniformidad de la naturaleza no puede tenerse por justificación suficiente de la inducción. Y de ello se sigue que tampoco es una condición necesaria para justificarla,



porque la inducción ha recibido ya una justificación que resulta válida, lo mismo si la naturaleza es uniforme que si no lo es. En las obras de Reichenbach, *Experience and Prediction* y *The Theory of Probability*, se sostiene que su justificación consiste en que si el futuro puede ser predicho, las reglas de la inducción, sin más, capacitarán para predecirlo.—SALUSTIANO DEL CAMPO URBANO.

RYLE, (Gilbert): *Proofs in Philosophy*, en «Revue internationale de Philosophie», Bruselas, año VIII, enero-junio 1954, fasc. I-II (págs. 150-157).

Con curiosa expresividad (véase el párrafo que abre el trabajo: «Philosophers do not provide proofs any more than tennis-players score goals»), Gilbert Ryle separa claramente el campo de la prueba de la tarea filosófica. La prueba no puede darse más que dentro de un sistema, mientras que la discusión filosófica trasciende los sistemas, es meta-teórica. La argumentación filosófica no es una operación con premisas y conclusiones, sino una operación sobre operaciones, con premisas y conclusiones. Este es el motivo de que no pueda tratarse un tema filosófico como si fuera un tema matemático, y no, como a veces se sostiene, que los matemáticos empleen términos de alcance concreto mientras los filósofos utilizan el lenguaje impreciso de la conversación diaria. Conceptos usados en filosofía, tales como número, infinitesimal, punto, etc., son los mismos términos matemáticos. El intento de igualar las expresiones numéricas con las de cualidad, intento demolido por Frege, fracasó no porque fueran inexactos los datos matemáticos empleados, sino porque la nivelación de sistemas estaba mal hecha.

Los problemas filosóficos implican «masas de vehículos conceptuales de diferentes clases y moviéndose en diferentes direcciones» que chocan en «encrucijadas conceptuales»; muchos de ellos precisan ser colocados bajo control conjunto y es complicado poner de acuerdo a científicos y matemáticos en una discusión filosófica. Para resolver el problema no basta, diremos con otra imagen del profesor Ryle, que cada conductor maneje bien su propio vehículo.—M.<sup>a</sup> ELISA MASEDA.

SELVAGGI (Filippo, S. J.): *Valore umano della scienza*, en «Humanitas», año VIII, núm. 12, diciembre de 1953 (págs. 1.200-1.205).

La ciencia moderna, además de su problemática epistemológica, lógica y metódica, tiene otra en cuanto que se relaciona con lo humano y lo moral.

La línea existencialista se inclina a criticar la ciencia desde esta relación por su tendencia al conocimiento abstracto, matematización de la realidad, abandono de los problemas propiamente humanos. Y no sólo la ciencia pura, sino su aplicación a la técnica refuerzan estos inconvenientes.

Contra esta crítica, que no deja de tener una razón parcial, es menester hacer notar lo que la ciencia tiene de necesidad del hombre, de petición de su misma naturaleza. Esta justa demanda no quiere decir que el conocimiento científico agote la realidad, sino tan sólo que es un modo humanamente lícito de dirigirse a ella.

El progreso científico, es verdad, no ha ido emparejado siempre al progreso espiritual y humano; pensemos, por ejemplo, en las modernas creaciones de la técnica bélica. Pero que el progreso técnico-científico sea una ocasión de la actual decadencia de la Humanidad no quiere decir que sea la causa. Al contrario, el que la mayor complicación de la ciencia haga cada vez más arriesgada esta ocasión no debe servir sino para ponernos en guardia. La ciencia moderna debe exigir de la Filosofía un replanteamiento de las cuestiones sobre la realidad y el ente. El Padre Selvaggi pone un ejemplo: la ciencia, decía un ilustre científico, es semejante a un globo de luz introducido en un mar de tinieblas; a medida que la luz es más intensa, la frontera con las tinieblas se agranda.

El conocimiento teórico que proporciona la ciencia tiene, pues, un valor humano cuando da al hombre un conocimiento adecuado de la realidad, no absoluto como el de Dios, sino humano y finito, pero perfectible. Pero además también las aplicaciones técnicas de la ciencia tienen valor humano. Lo que ocurre es que en este aspecto, en cuyo ámbito existen tantos peligros, es necesario recordar las palabras del gran hombre de ciencia De Broglie, que aconseja al hombre de nuestro tiempo